

1. La crítica frente al escritor

Con su obra titulada *Barranco Arriba, Barranco Abajo* ya son siete los libros de poemas publicados por Francisco Tarajano. Profesor y poeta que nace el año 1924 en Agüimes-Ingenio, se trasladada a Venezuela en 1956 y regresa a Canarias en 1972. Además ha publicado dos obras sobre folklora canario. Corpus más que suficiente para que la crítica haya prestado atención a un autor que por más de una década ha mantenido una sostenida producción literaria. El cauce de su creación poética ha sido el Centro de la Cultura Popular Canaria. Entidad editorial alternativa que acoge a los escritores que, como Tarajano, no cuentan con el apoyo oficial.

Tampoco cuenta con el respaldo de una crítica cuyas valoraciones van por otros derroteros. El poeta no adapta su creación a la crítica vigente más prestigiosa, como bien lo señala Pedro Lezcano en el prólogo que le hiciera a otro de los libros de este autor, publicado en 1982. La indiferencia parece ser el estigma para quienes no digieren los dictados de la moda en materia de poesía. Lejos de la retórica de salón, la palabra de este poeta surge sin adornos, pero con la sencillez propia y depurada de la tradición popular. Como Víctor Ramírez, Tarajano tampoco teme rebajar la condición estética de su obra incorporando en la ficción literaria la anécdota cotidiana y el lenguaje común de esta colectividad. No se trata con esto de propiciar un "isleñismo" literario, sino reconocer la importancia que tiene la incorporación a la literatura del patrimonio lingüístico de esta comunidad de habla.

No es fácil afianzar la expresividad poética en la palabra llana del pueblo. Es más fácil, probablemente, pasarla por el cedazo del in-

Nota sobre la poética de F. Tarajano a propósito de su libro "Barranco arriba, barranco abajo"

por OSVALDO RODRÍGUEZ P.

telecto, de acuerdo con los dictados de la moda, para convertirla en signo vacío pero novedoso, en retórica hueca apta para la autocontemplación edonista. Concepción elitista del hecho poético que a menudo olvida el valor de una poesía arraigada en la tradición popular. De ésta también se nutre la cultura, a pesar de todos los universalismos asépticos que persiguen algunos elegidos por la musa.

Otro factor que quizás haya contribuido al desconocimiento oficial y crítico de este autor es la dimensión social de su discurso poético. Al parecer también la condición humana de la poesía ha pasado de moda. Ahora el hecho poético se sitúa por encima del hombre y se concibe como desafío intelectual. No habla su mismo lenguaje y ha renunciado a la belleza que pueda ofrecer lo cotidiano y el habla común. El compromiso social en poesía es una cuestión pasada de moda, un arcaísmo. Ahora se afirma que el compromiso de la poesía es con ella misma. Autocontemplación que excluye el dolor humano de los versos "celestes", como los llama Neruda en su *Canto General*.

Es cierto que la poesía de Tarajano, en ocasiones, depone su calidad estética para dar paso a mensajes casi explícitos por la urgencia comunicativa. La denuncia, la execración, el vituperio y el prosaísmo de su protesta ante la injusticia

humana, ciertamente, minimiza la condición connotativa y sugerente del signo poético. Pero es que su poesía no sólo tiene esa dimensión. Hay en su obra una línea esencialmente lírica en la que tampoco ha reparado la crítica.

La función de la crítica no es la de consagrar o condenar, como sucede en esta época de creación y destrucción de figuras, de acuerdo con las exigencias del marketing editorial, fundado en la novedad. Al contrario, la crítica tiene un compromiso ineludible no sólo con la literatura consagrada por la tradición que da prestigio, sino también con la creación literaria de su entorno cultural. Fuera de todo dogmatismo y de juicios preconcebidos sobre el hecho literario, es necesaria una crítica integradora que no descarte "a priori" ninguna de las manifestaciones literarias, por muy diversas que ellas sean. Objeto quizás demasiado ambicioso, pero justo, en cuanto se trata de situar a los distintos autores canarios en el lugar que se merecen, en virtud de la calidad de sus obras. Es urgente, pues, una crítica "reveladora" que, además de estar informada de las vías que ha seguido la creación literaria en Canarias, señale los caminos que debe seguir, como lo planteara el crítico, también canario, Jorge Rodríguez Padrón.

No puede negarse, por tanto, que escritores como Francisco Ta-

rajano, hayan sido víctimas de una crítica fundada en otros parámetros de valoración. Los homenajes nada solucionan porque es en el desarrollo de la creación literaria, en la sucesiva producción de textos, donde la función solidaria y esclarecedora de la crítica se hace necesaria. La poesía es una tarea de soledad y en esa soledad ha permanecido este autor canario. Esto es un hecho irreversible que no se resuelve con reconocimientos tardíos.

2. El registro temporal de la poética de Tarajano

Como lo anterior no ha sido impedimento para que Tarajano haya seguido ejerciendo su inalienable vocación poética, dedicamos las siguientes líneas de este escrito al estudio de su obra. Como en otras ocasiones nos hemos referido al amplio abanico temático de su poesía, en la que se conjugan temas trascendentes (el amor, la muerte, el dolor humano) con temas cotidianos en apariencia intrascendentes, ahora nos centramos en el registro temporal que atraviesa toda su poética.

La conciencia de la temporalidad presente en sus obras anteriores es dominante en su último libro. El mismo título *Barranco Arriba, Barranco Abajo* representa en la ficción literaria el doble movimiento vital del sujeto lírico. El ciclo de su ascenso hacia la cumbre de la vida y su inevitable descenso. Desde el fondo del barranco el yo asciende el difícil camino de la vida para volver donde mismo partió. Andar y desandar el camino, subir y bajar hasta el fondo del barranco, donde algún día corrieron las aguas, es el signo irónico del recurso vital.

La tendencia lírica es la recuperación del pasado por la palabra poética. Impulso que se manifiesta en la permanente regresión a la infancia del poeta en Agüimes y

Arinaga. También en la evocación del tiempo privilegiado de su juventud en Venezuela. Tendencia que, por otra parte, se proyecta al tiempo “por-venir”, al tiempo ignorado, pero inevitable, del más allá y que se plantea como interrogante trascendental.

Incluso en su poesía épica de registro ético, la afirmación de los valores del hombre insular implica una regresión, ciertamente mitificada, que tiene como paradigma al aborígen canario. El poeta, situado en un presente degradado se vuelve, pues, a las raíces de su comunidad y también a las suyas propias, de acuerdo con el doble registro épico y lírico de su obra. La proyección épica de su canto se resuelve en una suerte de mensaje utópico que concibe el futuro como una nueva era o una nueva infancia, fundada en la visión mítica de los antepasados insulares.

En cambio, desde la perspectiva lírica de su poesía, centrada en el yo individualizado, la imagen del tiempo venidero no se anuncia como un Génesis sino como un eventual Apocalipsis. La muerte individual es destrucción, soledad y olvido. De este sentimiento lírico deriva el afán del escritor por hacer de su palabra poética un medio de permanencia y trascendencia. Cuestión nada extraña en la tradición literaria, pero que en el caso de Tarajano posee el valor del magisterio que permanece en su obra y en el mensaje derivado de ella.

3. Los espacios privilegiados y el sistema simbólico

Los dos espacios privilegiados del universo poético de Tarajano son Canarias y Venezuela. De ellos extrae el poeta los símbolos que constituyen el sistema imaginario de su obra. El barranco, ya comentado, que el escritor utiliza también

como título de su obra *Orillas del Guayadeque* (1983), es una imagen constitutiva de la visión de mundo del poeta insular. Imágenes muchas veces emblemáticas que unen aquellos espacios vitales del escritor, geográficamente separados, pero emocionalmente unidos en su poesía.

Cabe destacar a este respecto la fugaz imagen aérea del turpial venezolano, asociado a la agreste belleza terrígena de la aulaga canaria. La imagen simbólica de la esbelta palmera que se proyecta al infinito, la fragancia y hermosura del guayabo transferida a la belleza de la mujer canaria, la noble fortaleza del drago que evoca la antigua estirpe isleña. Referentes naturales transformados en símbolos materiales que por contigüidad semántica se asocian a la naturaleza humana.

No obstante, el sentimiento lírico del yo frente a la naturaleza se define por su distanciamiento, particularmente en esta última obra. En su camino de regreso “barranco abajo” el sujeto, sometido al devenir temporal, constata con nostalgia el cíclico renacer de la naturaleza ajena al hombre. El sujeto lírico, representado en la ficción poética a través de la imagen de un “Pino Seco” (ver pág. 11), de indudable filiación machadiana, observa desde su tiempo irrecuperable el renacer de la naturaleza, aún en los ámbitos más inhóspitos: “A veces un fecundo almendro asoma/en riscos y barrancos desolados;/a veces, en arrecifes afilados/la retama aterida da su aroma...”

Es evidente que el poeta ha pagado tributo a su tierra. Ha devuelto a ella lo que de ella recibió. Pero lo ha devuelto transformado en poesía.

Es el legado de este poeta canario profundamente arraigado en la tradición popular de su tierra.